

Ayunos de solidaridad

JOSE ALDUNATE, S.J.

Hemos presenciado, estos meses de verano, un acontecimiento socio-religioso que merece un análisis. Mientras una juventud disfrutaba de veraneos en la costa o en los lagos del sur, y otra, estudiantil, asumía trabajos voluntarios en regiones apartadas, jóvenes de barrios populares de Santiago — también de Valparaíso y Concepción — emprendieron cadenas de ayunos de 100 horas en solidaridad con los compañeros desaparecidos.

Así, la práctica del ayuno, casi desaparecida en los calendarios de la Iglesia, inesperadamente, en la temprana cuaresma de 1988, ha recuperado notoria actualidad.

Se trata de ayunos en cadena. La idea surgió en la Comunidad Cristiana de San Joaquín (Zona Sur). De allí, el ayuno pasó a San Marcos. Después, sucesivamente, a San Lucas, a La Victoria, a Población Dávila, a Villa Sur, a San José Obrero y algún otro lugar. Esa fue una cadena. Pero, mientras tanto, otras habían partido en Jesús Obrero, Población Kennedy, Cristo de Emaús, Villa Francia y otros lugares. Hubo otra cadena por Yungay y La Legua, otra en Maipú, y en Pudahuel. También en la Zona Norte a partir de Renca, en San Roque y Peñalolén, y al escribir estas páginas el proceso sigue.

Son ayunos de 100 horas que se inician con una investidura litúrgica: Los ayunantes son presentados ante la comunidad y expresan los motivos que los han impulsado a asumir el compromiso. El motivo principal ha sido solidari-

zar con los cinco compañeros desaparecidos en septiembre último; pero hay también otras motivaciones: pedir por la unidad de la oposición, repudiar hechos de represión, construir una nueva sociedad. En la liturgia hay letanías, cantos y símbolos. Se lee un texto de los Profetas sobre el ayuno y otro del Evangelio sobre la solidaridad cristiana.

Los ayunos suelen efectuarse en locales de Iglesia. Participan miembros de la comunidad, pero también juventudes de otras organizaciones poblacionales, políticas o de derechos humanos. También adultos, dueñas de casa, religiosas. Es de notar que las iniciativas hayan surgido desde las bases y sólo han sido canalizadas por los agentes pastorales.

Durante los días de ayuno,

se producen las visitas a los ayunantes. Vecinos los acompañan y llegan personajes de la vida pública y religiosa, familiares de los detenidos-desaparecidos, dirigentes de las agrupaciones por los derechos humanos. Los visitantes se dirigen a los ayunantes y estos responden expresando lo que significa para ellos este ayuno. Al término hay un ceremonial de despedida y se parte en romería a entregar el ayuno a una parroquia vecina. En esta romería, enteramente pacífica y religiosa, no han faltado problemas con Carabineros.

Es de notar cómo, alrededor de estos ayunos, se produce un encuentro muy fecundo, en todos los niveles (ayunantes, participantes, visitantes; entre feligreses y militantes, cristianos y no cristianos, jóvenes y adultos). Cada categoría tiene algo para entregar a la otra. Y todo esto se mate-

* Ver: Mensaje, N° 365 diciembre 1987: "Desaparecidos, otra vez...", pág. 563.



Solidaridad con cinco compañeros desaparecidos.

rializa en una práctica extraña y exótica para la mentalidad moderna, pero asumida por la devoción popular: el ayuno. Es una práctica específicamente no violenta en que la violencia se vuelve contra uno mismo.

Reflexión teológica

Una **praxis** liberadora como ésta, surgida en medios populares, se merece una seria reflexión teológica que pueda enriquecer la misma **praxis**. Haremos aquí algunas consideraciones.

Se trata de una **praxis** liberadora. Es un gesto de amor y solidaridad con los detenidos-desaparecidos y sus familiares. Ayunantes y acompañantes se conducen con ellos, "ayudándoles a sentir" a estos últimos. El ayuno es un signo natural de condolencia: es lo contrario de un festejo. Solidaridad es simplemente caridad, la práctica esencial del cristianismo, y de ella participan todos los que verdaderamente aman, moros y cristianos. "El que ama (al prójimo) ha nacido de Dios, porque Dios es Amor" (Juan, 7-8)

La **praxis** es liberadora para la persona porque le hace vivir el amor. Es liberadora para la sociedad porque se denuncia el crimen contra el hermano, condena el odio y la violencia y se postula una sociedad fraternal. La **praxis** tiende a instalar en nuestras poblaciones un nuevo clima, el de la solidaridad, opuesto al de indiferencia ante el dolor ajeno y el crimen, opuesto también al del temor paralizante que el régimen quiere imponer.

Es una práctica que se socializa a través de las comunidades cristianas y las organizaciones del pueblo que participen. Comunidades y organizaciones llegan a conjugarse armoniosamente en sus postulados, muchas veces no sin ciertas tensiones y ajustes. Es

fácil decir que aquí no tenemos más que una utilización política de la Iglesia y de la religión. Es curioso: no se suele hablar tanto de utilización religiosa de lo político. De todas maneras, el presupuesto es que lo religioso y lo político son dos mundos separados.

Frente a esta pretensión, es notable la naturalidad con que los participantes en el ayuno vinculan la religión y la política. Aquí, los derechos humanos hacen de vínculo. A partir del hombre, la inspiración de la fe en el Hombre-Dios se conjuga con las connotaciones del análisis político en su dimensión más amplia, para desembocar en la denuncia profética y en un proyecto de nueva sociedad.

Las comunidades cristianas, tantas veces recelosas frente a la dimensión política y aun frente a la lucha por los derechos humanos, crecen con esta experiencia y aprenden a dar a la solidaridad su plena dimensión. Dejan cierto paternalismo en su acción social y aprenden a apoyar a las organizaciones que luchan por sus derechos. Los laicos asumen su papel en el mundo y al hacerlo, recuperan su identidad y su autoridad en el seno de sus comunidades, mitigándose el acentuado clericalismo de tantas instituciones parroquiales.

Mientras madura la comunidad cristiana y comprende que sus ritos y la propia eucaristía desvirtúan su significado si no son expresión de una práctica de justicia y solidaridad (ver: Isaías 1,10-20), también los no creyentes y nuestra juventud popular alejada de la Iglesia abren sus ojos a una dimensión aparentemente nueva, pero en realidad muy esencial, del cristianismo.

Así, desde la pobreza y el infortunio, desde la solidaridad de nuestro pueblo, se van aportando ladrillos para la construcción de un nuevo mo-

delo de Iglesia, distinta del modelo de Cristiandad, que está en crisis en el mundo de hoy. Este nuevo modelo se va construyendo desde las Comunidades de Base y su fuerza es la práctica solidaria del pueblo. La cadena de ayunos ha constituido, a nuestro juicio, un notable ejercicio de esta práctica solidaria que ha hecho crecer a nuestra Iglesia de Santiago. Pues, como dice San Pablo, "la caridad edifica". | (M)